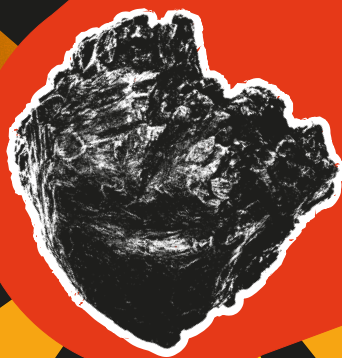


CRÓNICAS DEL AMACRANA

David Monteagudo

Prólogo de Lázaro Covadlo



Rayo verde
editorial

Crónicas del amacrana

Colección Rayos globulares

(27)



Primera edición: septiembre 2017

Título original: *Crónicas del amacrana*

© David Monteagudo 2017

© del prólogo, Lázaro Covadlo

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2017

Diseño de la cubierta: Tono Cristòfol

Ilustración de la cubierta: Tono Cristòfol con imágenes de Adobe Stock

Fotografía de la cubierta: Carlos Pérez

Producción editorial: Marta Castell

Corrector: Víctor Sabaté

Publicado por Rayo Verde Editorial

Gran via de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª

Barcelona 08015

<http://www.rayoverde.es/>

 @Rayo_Verde

 Rayo Verde Editorial

Impresión: Estugraf

Depósito legal: B - 7004-2017

ISBN: 978-84-16689-46-0

BIC: FA, FL

Impreso en España - *Printed in Spain*

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

CRÓNICAS DEL AMACRANA

David Monteagudo

Prólogo de Lázaro Covadlo

Rayo verde
editorial

Índice

<i>Prólogo</i>	9
<i>El amacrana</i>	17
<i>Epifanía</i>	19
<i>1962. El amacrana</i>	27
<i>Explicaciones</i>	45
<i>Epílogo</i>	51
<i>Rituales</i>	61
<i>El accidente</i>	79
<i>F.FWD</i>	93
<i>Carpetas</i>	131
<i>La nave de cemento</i>	145
<i>El don de la ubicuidad</i>	185
<i>Epílogo. El relato de Julián</i>	233

Prólogo

Las puertas de la noche

Terror, ambigüedad e indagación existencial. En el año 2009 se editó *Fin*, la primera novela de David Monteagudo, o, más bien, la primera de sus novelas que llegó a los lectores. *Fin* fue como un manotazo en el tablero de ajedrez, como si una voz proveniente de las alturas literarias instara a jugar en serio, a poner de nuevo todas las piezas en su verdadero sitio, pues se estaban alterando las reglas del juego y, desde Samuel Beckett y dos de sus célebres piezas teatrales: *Esperando a Godot* y *Final de partida*, no era mucho lo que se había adelantado en el campo de la ficción literaria que indaga en el enigma de la existencia.

En este sentido, con diferentes recursos pero siempre atento a lo que los investigadores de las auténticas raíces del universo literario llaman «la tradición», Monteagudo abre nuevos y luminosos caminos, pues sus ficciones, lejos de resultar complacientes y navegar en las mansas aguas de la facilidad, tienden a surcar mares turbulentos para llegar más lejos.

Los lectores de Monteagudo suelen evocar a Howard Phillips Lovecraft o Edgar Allan Poe como referentes de nuestro autor. Esta apreciación podría parecer correcta en cuanto a los pasajes de sobresalto, que no escasean en sus ficciones, pero no alcanza a definir la magnitud de su mirada sobre el enigma de la existencia. Será pertinente que nos centremos en estos desafíos.

Veamos, por ejemplo, el tema central de *Fin*: la desaparición del ser. No solo la desaparición de los cuerpos, sino la desaparición total de las entidades humanas. Las personas se esfuman repentinamente en la nada absoluta ante la presencia de otros seres humanos, que a su vez desaparecerán poco después. Pero, ¿a dónde han ido a parar? Por lo que se narra, a ningún lado. Han ido a parar a la nada sin dejar el menor rastro. ¿Pero, acaso el ser puede devenir en no ser? ¿Acaso puede pasarse de la existencia a la no existencia en un santiamén? Tal vez ni el mismo autor lo sepa, pero tampoco es necesario; Monteagudo deja que su historia se guíe por la intuición y no rehúye la ambigüedad que insta al lector a indagar en el misterio y acaso a darse un baño de angustia existencial. Aquí, en esta angustia, es donde puede hallarse una conexión más justa con las alucinaciones de Lovecraft y sus misteriosas y truculentas entidades provenientes de «Lo Insondable». Sin embargo, Lovecraft no ha llegado tan lejos como Monteagudo. En cuanto al espanto, tal vez Poe se halle más cerca, sobre todo por la contundencia y economía de su lenguaje. No obstante, si buscamos indagar en el terror de lo monstruoso, será más adecuado referirnos a otra novela de Monteagudo: *Brañaganda*.

Brañaganda es una aldea imaginaria rodeada de bosques y montes en los que merodea un sanguinario hombre lobo.

Nunca sabremos cuál es el origen del monstruo ni el motivo de sus feroces acciones (volvemos a encontrarnos con la ambigüedad tan propia del autor), pero la existencia de la bestia, casi siempre oculta en las penumbras, constituye el contexto y el contrapunto que dota de textura sombría y de nueva significación a la trama paralela sobre las vivencias y el destino de una familia y de una sociedad rural.

Todos estos mecanismos se hallan bien presentes en el libro que el lector tiene en sus manos: la atmósfera de incertidumbre y terror, la intencionada ambigüedad, la indagación existencial... *Crónicas del amacrana* se asemeja por momentos a una sonda que se sumerge en regiones profundas de la conciencia y saca a la superficie contenidos velados que nunca acaban de salir por completo a la luz. Por su estructura, puede ser leído como una sucesión de relatos, pero acaso también como una novela fragmentaria que presenta diferentes situaciones con diversas miradas, ligadas las unas a las otras por una suerte de planteo oculto.

En *Epifanía*, el primero de los relatos (que no necesariamente capítulos) un grupo de niños invoca el miedo a la luz de una vela. Juegos de niños, sí, pero uno de ellos, el más pequeño, trae al grupo la narración de un hecho vivido por él; su testimonio despierta lo sobrenatural, y lo fantástico de la vivencia traslada a su hermano mayor al recuerdo de una noche sobrecogedora. Ahí tenemos el siguiente tramo, que se nos presenta con el subtítulo de 1962. *El amacrana*. El padre de los niños sale de noche hacia el bosque y el chaval, que aparece como narrador, lo sigue a través de la espesura para descubrir la presencia de un ser terrorífico de aspecto inextricable.

En los siguientes relatos, o si se prefiere capítulos, o sim-

plemente episodios, la tensión y la extrañeza no decrecen, lo ambiguo cobra fuerza propia y el misterio recorre el tortuoso hilo de las historias hasta llegar al que nos presenta a una joven pareja que, en su huida de la guerra, se aparta del mundo que les había pertenecido. Su desventurada aventura los llevará a expatriarse en tierras ajenas, donde habrán de sumergirse en un prolongado crepúsculo vital. Encontramos aquí una vasta y profunda visión sobre el drama del exilio y el extrañamiento.

Y hay más, hay un nuevo encuentro con seres inverosímiles, carentes de rostro, entidades venidas de quién sabe dónde que ocupan en una noche iluminada por potentes focos la nave de una fábrica que acabará transformada en navío, surcando algún mar. Estos seres sin rostro y de cuerpos blandos ignoran al infeliz que ha quedado atrapado en la fábrica, y, sin tinieblas, la deslumbrante luz se hace más siniestra que cualquier noche de tormenta en la espesura. Al contrario de lo que sucede en las narraciones que suscitan el terror hendiendo su trama en la oscuridad, aquí es la luminiscencia el vector que nos trae el escalofrío.

Y hay más, mucho más, pero no es fácil ni deseable revelar las espeluznantes y formidables tramas que ofrece David Monteagudo, es mejor dejar que el lector se sorprenda por sí mismo, que se deslice entre esos paisajes por momentos demenciales que se hallan jalonados por un poblado bosque de hallazgos lingüísticos dignos de la mejor escritura de culto.

Algo que no puede obviarse en la narrativa monteagudiana, que no desdeña los caminos de la experimentación, es su implacable sondeo de la zona más profunda de la psicología humana, que el lector atento puede vislumbrar

bajo la cobertura de ambigüedad y espanto de sus narraciones. Se trata de una prospección que no es la del erudito, sino que pertenece al ámbito de la intuición; y es que si algo más puede traerse a colación sobre nuestro autor es su potencial intuitivo.

Como escritor, Monteagudo se caracteriza por no abordar sus ficciones ingresando por la puerta principal; prefiere hacerlo por la entrada de servicio o por cualquiera de los posibles accesos laterales. Finalmente acabará emergiendo bajo el pórtico de recepción, y esto no es poco mérito.

Lázaro Covadlo

a Olga

El amacrana

Epifanía

En el año 68 vivíamos en Torremora, en una casa grande y destartada, de techos altos e inhóspitas paredes desnudas, que en el invierno resultaba terriblemente fría. Yo dormía con mi hermano Fredy, varios años menor que yo, en una habitación cuadrada y sin gracia, situada en el centro mismo de la casa. Tal vez por esta ubicación interior, o por el hecho de no tener ninguna ventana, la habitación resultaba un tanto claustrofóbica, aunque lo cierto es que tenía no una sino dos aberturas: dos puertas que la comunicaban por un lado con el pasillo y por el otro con la pieza en la que dormían mis hermanos mayores, que era algo más grande que la nuestra y gozaba del privilegio de una ventana abierta a la calle. Cuando Fredy y yo estábamos acostados, la primera puerta, la del pasillo, nos quedaba a la izquierda, del lado en el que yo dormía; mientras que la del cuarto de mis hermanos se abría como un rectángulo de sombra en el centro mismo de la pared que quedaba a los pies de la cama. Por lo demás, so pretexto de aislarnos de los ruidos del exterior y de ayudarnos a conciliar el sueño, las dos puertas permanecían cerradas durante toda la noche.

Fue en aquel año, en el 68, cuando vino a visitarnos el

tío Paco: un primo de mi madre que nos había acogido por unos días en su casa de Barcelona, cuando acabábamos de llegar de Galicia y mi padre estaba ultimando los trámites con el propietario de la casa de Torremora. No tengo ningún recuerdo relevante de aquella visita de fin de semana, ni de su desdibujado protagonista, de cuyos rasgos guardo tan solo una borrosa imagen. Probablemente aquella estancia de dos días ni siquiera habría quedado grabada en mi memoria de no ser por una extraña secuela o consecuencia que a la postre habría de tener: una revelación, una epifanía, que experimenté unos días después y que empezó, no obstante, de la forma menos fiable y rigurosa que se pueda imaginar; con una conversación entre cuatro niños que rivalizaban, a la vacilante luz de una vela, por contar la experiencia más espeluznante que hubieran vivido.

Uno de esos niños era yo, y me acompañaban mi amigo José María, otro miembro del grupo que se llamaba Miguel, y mi hermano Fredy, a quien habíamos dejado asistir al cónclave a pesar de que era muy pequeño y bien podía ser que nos estropease la reunión con sus salidas de tono. De todas formas ninguno de los allí presentes —ni siquiera el más duro e impasible— pasaba de los trece años.

Estábamos en casa de José María, en una especie de bodega que había en la planta baja, en la que sus padres, que eran agricultores, guardaban el tractor y los aperos de labranza. Nos gustaba ese sitio para ir a contar historias de miedo porque tenía algo de tétrico, con sus telarañas y sus rincones oscuros; tanto es así que prescindíamos incluso de la miserable bombilla que colgaba del techo y encendíamos una vela, para crear, con sus sombras movedizas, un ambiente propicio, capaz de amplificar el dudoso poder terrorífico de nuestras narraciones.

Pero la reunión de aquel día no acababa de despegar: las historias más impresionantes habían sido contadas ya infinidad de veces, y las novedades que nos esforzábamos en aportar carecían de la contundencia de aquéllas. Tal vez por eso dejamos que Fredy tomara la palabra cuando insinuó que él también quería explicarnos «una cosa» que le había pasado, a pesar de que en principio solo había venido como oyente y de lo poco que confiábamos en que lo que contara mi hermanito pudiera tener algún interés. Para colmo empezó dirigiéndose a mí, ingenuamente, con una familiaridad y unas referencias domésticas que casaban muy mal con el tono solemne y sectario de aquellas reuniones.

—¿Sabes el otro día, cuando estaba el tío Paco? Pero el último día ¿eh?, el sábado por la noche... Pues me desperté de golpe en mitad de la noche, bueno, no sé qué hora era, pero debía ser muy tarde porque tú dormías y todos, todos estaban durmiendo porque no se oía nada de ruido y estaba todo a oscuras, pero completamente ¿sabes? Como cuando Martín y Pepito y papá y mamá ya se han ido a dormir y no se ve la rendijita debajo de la puerta, y se oyen esos cruji-dos que hace la casa, porque siempre los hace, ya lo sé, pero solo se oyen entonces porque todo está en silencio y nadie se mueve...

—Sí, a ver, ¿y qué? —le interrumpí con impaciencia.

—Pues que cuando miré a la pared de enfrente —prosi-guió él— vi que había un hombre en la habitación...

—¿Cómo que había un hombre?

—¡Sí! Estaba ahí delante, pegado a la pared, pero no de-lante mismo, a los pies de la cama... estaba a un lado, muy cerca de la esquina, y eso es lo que más miedo me daba, por-que si estuviera delante mismo estaría a los pies, y entonces está la madera de la cama y si quisiera saltarla... Pero allí, a

un lado, ¡era mi lado! Y solo tenía que acercarse para...

Yo le interrumpí de nuevo. Pensé que lo que había visto mi hermano no era otra cosa que el tío Paco, que en las dos noches que había pasado entre nosotros había dormido solo en la habitación de mis hermanos, puerta con puerta con la nuestra. Así se lo hice ver a Fredy.

—Eso es lo que pensé yo, porque... porque iba como en pijama —me contestó él—, pero es que no parecía el tío Paco. Era como más alto y... ¿Por qué se había quedado en esa esquina, ahí quieto? ¡No tenía que estar ahí! Si quería ir al lavabo, o a beber agua, ¿por qué no iba directo a la puerta del pasillo, en vez de ir al otro lado?

—¡Yo qué sé! Estaría sonámbulo —dije yo—. ¿Y qué hizo? ¿No te hizo nada?

—No, no hacía nada, estaba completamente quieto, pero eso es lo que más miedo daba... Me tapé con la manta, no quería verlo, pero cada vez que volvía a sacar la cabeza ¡aún estaba ahí! ¡Estuvo al menos media hora!

—A ver, a ver —intervino entonces Miguel con un tonillo escéptico. Había escuchado todo lo que decía Fredy con gran atención, con un brillo de maligna astucia en la mirada, y ahora le preguntaba con la evidente intención de pillarlo en falta—. Vamos a ver, dices que viste al tío ese en la habitación, que lo mirabas cada vez que levantabas la cabeza, ¿no es eso?... Bien. Pero tú mismo has dicho hace un momento que sabías que era de noche, vamos, que ya era muy tarde, porque no se veía nada, porque había silencio y oscuridad total, total y absoluta. ¿A que sí que lo ha dicho? Pues, entonces, ¿cómo querías ver al tipo ese, y que llevaba un pijama y todo, si estabais a oscuras?

—¡Es que eso era lo más raro —replicó Fredy—, que no había nada de luz, pero a él sí que lo veía! Era muy raro,

como... como si tuviera luz dentro..., ¡como si la luz saliera de él!

—Lo soñaste —dijo entonces José María en tono taxativo—. Creías que estabas despierto, pero en realidad estabas dormido. Fin del relato.

—¡Que no! ¡Estaba despierto! —protestó Fredy con una indignación y una rabia que no dejaron de sorprenderme—. Estuve mucho rato despierto, y él siempre estaba ahí. ¡Y tenía cara de chino!

José María y Miguel se rieron a carcajadas al oír las últimas palabras de mi hermano.

—¡Sí, hombre, líalo más tú! —dijo José María—. No es así como se hace, hombre; cuanto más lo compliques, menos nos lo vamos a creer.

El asunto podría haber quedado ahí, como la rabieta de un niño demasiado imaginativo o tal vez mentiroso, de un niño pequeño que pugna por ganarse el respeto y la atención de su hermano mayor y de los amigos de éste. Pongamos incluso que la historia del hombre en la habitación, pese al rechazo burlón que despertó en un principio, llegara a hacer mella en sus oyentes —tan niños, al fin y al cabo, como el propio narrador— y se acabara incluyendo en el repertorio de sucesos sobrenaturales o inexplicables y se recurriera a ella cíclicamente para conseguir ese minuto de excitación, esa tensión en el cuero cabelludo cuando se nos eriza el pelo, y el impulso de mirar hacia atrás para asegurarnos de que los fantasmas que se están invocando no se han materializado a nuestra espalda. Tal vez eso es lo que significó la historia del hombre en la habitación para José María o para Miguel. Tal vez hoy en día, después de tantos años, ya ni se acuerden de ella. Pero para mí fue algo muy diferente.

Todavía se estaban riendo los dos, y Fredy seguía defendiendo tercamente su versión cuando Miguel se dirigió a mí y me dijo:

—Oye, tú, ¿no podrías decirle a tu hermano que...? ¿Qué pasa? ¿Qué te pasa? —se interrumpió.

Yo no me reía. No se veía en mi rostro la más mínima huella de burla, de desdén ni de escepticismo. Yo llevaba ya un rato silencioso y pensativo, desde el momento en que Fredy había hablado de la luz: la luz que parecía irradiar aquel extraño personaje. Pero cuando dijo lo de que «tenía cara de chino» —precisamente lo que tanta gracia había hecho a mis amigos—, en ese momento, la sangre pareció abandonar mi cabeza y el corazón se me quedó como parado, en suspenso, mientras un escalofrío me recorría la espalda como un ciempiés. Y seguramente tenía una expresión de verdadero espanto; la expresión que vio Miguel en mi cara, cuando se dirigió a mí.

Pero yo no prestaba atención a lo que me decía Miguel. Con el rostro muy serio, en un tono bien diferente al que había empleado hasta entonces, le pregunté a mi hermano:

—¿Y dices que era muy alto?

—¡Sí, muy alto, más alto que Martín!

—Y tenía... tenía una cara borrosa —continué yo, afirmando más que preguntando—, pero los ojos no, los ojos eran así como... como de chino...

—¡Sí, eso es! ¡Eso es lo que yo quería decir! —exclamó mi hermano casi gritando, con una expresión en la que el entusiasmo del primer momento se empezaba a transformar en asombro y en temor, mientras mis dos amigos contemplaban atónitos aquel extraño diálogo, sin atreverse a pronunciar palabra.

—Y estaba muy quieto...

—¡Sí!

—Y llevaba una especie de pijama, pero la luz parecía que salía de dentro del pijama, y era como... como sombras que se movían, ¡como las sombras de las hojas de los árboles cuando se mueven en el suelo!

—¡Sí, sí! ¿Tú también lo viste? —exclamó mi hermano.

—No, yo no lo vi... —contesté en actitud reflexiva—. Yo no me desperté en toda la noche.

—Pero entonces..., ¿cómo lo sabes?

En vez de contestarle me quedé un buen rato en silencio, mirándole a los ojos con desusada intensidad. Cuando abrí la boca fue para hacer una única pregunta.

—¿Le has explicado a papá algo de eso?

—No, no le he dicho nada a nadie... ¿Por qué me miras así?

Tampoco respondí a esa pregunta. Estaba recordando, reconstruyendo a toda prisa unos acontecimientos que mi memoria había registrado años atrás con todo detalle, con la intensidad de la primera infancia, para rechazarlos después como si se tratara de un material defectuoso. Era como si mi inteligencia, mi voluntad, le hubieran dicho a la memoria de aquel entonces: «Este recuerdo no sirve, está equivocado. Tíralo a la papelera». Pero la memoria no tiene papeleras, ni chimeneas encendidas, ni trituradoras de documentos: la memoria solo tiene cajones y, por muy recónditos y sombríos que sean, uno puede encontrarse de golpe ante uno de ellos, abriéndolo temerosamente y mirando en su interior.

Sí, el recuerdo estaba ahí, y se iba desplegando y enriqueciendo en todos sus detalles, colores, olores y sensaciones, como una floración acelerada y vertiginosa nacida de una minúscula semilla, de aquellas palabras aparentemente absurdas: «tenía cara de chino», «tenía cara de chino»...

1962. El amacrana

El mundo es nuevo y elemental, y todo está por descubrir. El mundo es reciente y mágico; el mundo es pequeño y al mismo tiempo está lleno de rincones oscuros y de misterios. El mundo es la casa y el molino, la tortuosa quebrada allá al fondo, donde la vegetación se hace aún más espesa para ocultar el río, el salto vertiginoso con su cabellera de agua transparente y la profunda poza donde el agua verdea y se oscurece hasta llegar al negro. El mundo es el paisaje que se ve desde la ventana: la braña de Boral con sus pastos increíblemente inclinados, y la caseta del transformador abandonado recubierta de hiedra, oculta entre los helechos, reconocible apenas por su aristado tejadillo y los aislantes de vidrio que ya no sujetan ningún cable. El mundo es alegre y confiado porque no tengo que ir a la escuela y además hoy no llueve, ni hay nubes en el cielo, ni esa niebla que se queda todo el día sobre el valle, cubriendo La Pasadía y todo lo que queda por encima. Hoy brilla el sol y el cielo sin una nube, de un azul límpido e intenso, contrasta hasta hacer daño con el verde recién lavado de las montañas.

Mi padre está conmigo, juega conmigo. También están Martín y Pepito, mis hermanos mayores, pero ellos ya saben cómo se hacen las cosas, y mi padre está más tiempo conmigo, ayudándome a construir los aviones de papel para que vuelen muy lejos, para que planeen majestuosamente, sostenidos por el aire, en vez de desplomarse como un pájaro herido a unos metros de la casa.

—Es muy sencillo —dice mi padre mientras hace pliegues y cortes estratégicos en el papel—, se trata de conseguir que el aire circule a mayor velocidad por encima del ala que por debajo... Ya verás, éste llegará todavía más lejos que el que hizo Martín.

Mi padre construye aviones, de los de verdad, por eso le resulta tan fácil hacer uno de papel. Bueno, ahora en realidad ya no, ahora ya no los construye porque estaba harto de andar siempre por ahí, de viaje, y dejó el trabajo, y se ha venido a vivir con nosotros. Dice que quiere tranquilidad, y reencontrarse con la naturaleza. Por eso ahora está siempre con nosotros y ya no se marcha de viaje, y puede jugar conmigo, y hemos hecho un avión y nos asomamos a la ventana para darle un buen impulso y que vuele lejos, muy lejos, atravesando todo el valle por encima del río y el molino, hasta llegar a la braña de Boral.

Mis hermanos están en la otra ventana, a tan solo unos pasos, pero no miran hacia fuera porque están ocupados construyendo su propio avión.

—¡Ey, mirad! ¡Mirad! —les grito yo al ver que mi padre hace el típico gesto de echar aliento en el morro del avión—. ¡Vamos a lanzar nuestro avión! ¡Va a llegar hasta la braña!

Martín y Pepito miran hacia fuera para no perderse ni un momento del vuelo; yo miro a mi padre, que sostiene el avión a la altura de su cabeza y retrasa el brazo todavía

un poco más, y mira hacia delante; y entonces yo también miro hacia allí, hacia el mundo verde y húmedo y el cielo de un radiante color azul.

Ése fue el momento. Todos pudimos verlo. Una luz muy intensa que recorrió el cielo de un lado a otro en cuestión de segundos para apagarse en una especie de explosión final, dejando en nuestra retina, durante unos instantes, la imagen de su amplio zigzag.

Mi padre dejó cuidadosamente el avión de papel encima de una silla. No había llegado a lanzarlo.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Pepito.

—No sé —respondió mi padre con aire distante, mirando con el entrecejo levemente contraído hacia el lugar en que se había producido el fenómeno—. Supongo que era un meteorito... Es raro, debía ser algo importante, para hacerse visible así, en pleno día.

—Ha caído detrás de la braña —dijo Martín.

—No ha caído —dijo mi padre—, se ha desintegrado antes de llegar al suelo. Por eso hacía tanta luz.

—Pero los meteoritos tienen una trayectoria balística —dijo Pepito.

Mi padre se sonrió, y le contestó sin mirarle.

—Sí, eso es el abecé..., después, en el segundo curso, empiezan las excepciones.

—Sí que ha caído —insistió Martín—. Mirad, se ve humo, como una nubecita..., allí, a la altura de la *corredoira*.

Era verdad que se veía una pequeña concentración de humo. Ahora que el destello se borraba de nuestra retina lo podíamos ver, más o menos en el lugar en que se había visto el fogonazo final.

—Sea lo que sea —sentenció mi padre apartándose por fin de la ventana—, no habrá llegado al suelo ni un gramo de su masa. Es evidente que si la había se ha transformado toda en energía. Un bonito espectáculo de fuegos artificiales a costa del rozamiento con la atmósfera. El aire, amigos míos, también es materia.

Su tono acabó siendo seguro y vagamente irónico, como siempre. Pero ya no continuamos jugando. Salió de la habitación sin decir nada más y se fue a la planta baja. Oí sus pasos bajando por la escalera, y después el ruido ya conocido de una puerta al cerrarse. Ya no podía ir en su busca: se había metido en «el despacho», así llamábamos a aquella habitación; allí estaba «el libro gordo» y la miniatura, y la caja fuerte, siempre cerrada; la habíamos visto y toqueteado un millar de veces. Pero cuando él estaba dentro no, entonces no se nos permitía entrar ni a mí ni a mis hermanos, porque a papá no se le podía molestar cuando estaba trabajando en el despacho.

—¡Zucho! —gritó mi madre cuando me vio pegado a la puerta del despacho—, ¿pero qué es eso de escuchar detrás de las puertas? Anda, deja en paz a tu padre aunque solo sea un ratito. Venga, ven, que me ayudarás a hacer las croquetas.

—Hemos visto un meteorito —dije yo mientras cogía la mano que se me ofrecía—, papá lo ha reconocido enseguida. Y se ha desintegrado completamente.

—¿Quién, papá?

—¡No, hombre, no!, el meteorito. Papá se ha ido enseguida al despacho.

—¿Lo ves? —dijo mi madre, mientras recorriamos el pasillo—, no se ha desintegrado, pero ha desaparecido, que viene a ser lo mismo.

—Yo creo que ha ido al despacho a consultar algo sobre el meteorito —repliqué yo con decisión, intentando frenar el impulso que ejercía mi madre en dirección a la cocina.

Entonces ella se detuvo un momento y se quedó un instante en silencio antes de hablar. Estábamos en la zona más oscura del pasillo.

—¡Zucho, Zuchajo! —dijo ahuecando la voz—, ¡tan pequeñajo!

—¡Ay, vale! ¡Vale ya! —protesté, negándome a cumplir con un ritual ya conocido.

—Ya eres mayor para los abrazos, ¿verdad? —dijo con cierta tristeza—. Pues te voy a decir una cosa: no creas que te iba a hacer «el ultratumba» calculadamente, como una limosna, para recompensarte por todo el tiempo y las atenciones que le tengo que dedicar a tu hermano pequeño. Lo iba a hacer simplemente porque me apetecía, porque me encanta hacerlo y porque te quiero, porque os quiero mucho a los cuatro... Bueno, al menos me ayudarás con las croquetas —añadió, dejando espacio para que la siguiera, pero sin cogerme de la mano—. Si hacemos las croquetas, tu padre vendrá atraído por el olor. Te lo garantizo.

Lo de las croquetas no me parecía mala idea, siempre me había gustado pringarme las manos en ese trabajo. No estaba impresionado por lo que había dicho mi madre; estábamos acostumbrados, todos sus hijos, a que nos hablara como a personas mayores desde que teníamos uso de razón. En cuanto al apelativo familiar con el que me llamaba, era una mezcla de diminutivo y abreviatura varias veces derivado, por el que ni el filólogo más avezado habría sabido rastrear mi nombre original.

Tal como decía mi madre, mi padre no faltó a la cita con los manteles. Tal vez estuvo algo distraído durante la

comida, pero en ningún momento dio muestras de ansiedad o de impaciencia. De todas formas el protagonismo lo tuvo Martín, que experimentó uno de sus trances nada más sentarse a la mesa —o tal vez habría que decir que lo «escenificó», pues aquellos breves episodios de enajenación mental eran totalmente fingidos y más bien movían a risa, como tantas otras manifestaciones de su carácter excéntrico y creativo. No es que abusara de semejante tipo de representaciones, pero mis padres habían optado por mostrarse todo lo indiferentes que podían, pues habían observado que el artista se sentía jaleado y prolongaba el espectáculo si abundaban las risas. La verdad es que a mí siempre me daba un poco de miedo cuando empezaba, porque a veces hasta ponía los ojos en blanco y crispaba las manos y temblaba todo él como un azogado; pero al final siempre me acababa riendo, como los demás, porque cualquier cosa que Martín hiciera tenía gracia, y además mientras estaba «en trance» decía unas frases muy absurdas, realmente inspiradas, verdaderas perlas de surrealismo que, según afirmaba él, pronunciaba sin intermediación alguna de su voluntad.

En esta ocasión pasó más o menos por las mismas fases de siempre, y de pronto empezó a vocalizar con voz temblorosa, mientras su cabello lacio se agitaba en torno a sus sienes.

—¡Brillaba, al sol, el amacrana! ¡El amacrana! ¡El amacrana!

Pepito fue el primero en empezar a reír, pero al poco rato le seguí yo, e incluso mi madre, aunque con más disimulo, mientras Fredy, en sus brazos, acreditaba la bis cómica de Martín riéndose como un loco. Pero al parecer mi padre no estaba de humor aquel día.

—¡Vale ya! —gritó de pronto, sobreponiéndose a las risas y a la voz de Martín, que había ido en aumento—. ¡Ya está bien, hombre..., que estamos comiendo!

Martín volvió a la normalidad instantáneamente y un silencio inusual flotó algún tiempo sobre la mesa. Mi padre no solía ponerse serio, pero tampoco le extrañó a nadie que por fin un día se hartara de las locuras de Martín.

Respecto a su extraña locución, ninguno de los allí presentes había oído jamás la palabra «amacrana», ni fuimos capaces, posteriormente, de encontrarla en ningún diccionario. De común acuerdo llegamos a la conclusión de que lo que había dicho Martín —él, como siempre, se desentendía de sus palabras— se refería al meteorito, o lo que fuera, que habíamos visto por la mañana. Aunque a la luz de la experiencia que yo viví unas horas después, la humorada de mi hermano acabaría por adquirir una dimensión más oscura y enigmática.

Ya en los postres, Pepito dijo —en el tono conciliador que le caracterizaba— que era una lástima que él y Martín tuvieran que salir tan temprano para Vegadauga, porque de haber tenido más tiempo habrían ido aquella tarde a la *carballeira* de detrás de Boral, a ver si encontraban algún resto del meteorito.

—No encontraríais nada —dijo mi padre con acento cansino—, ya os he dicho que ninguna partícula ha llegado al suelo. Además, ni siquiera sabemos si era un meteorito. Tal vez era algún extraño fenómeno meteorológico que desconocemos.

Mis dos hermanos mayores habían empezado a estudiar en el instituto, y el domingo por la tarde Marcelino les llevaba con su camioneta a Vegadauga, donde pasaban la semana en una pensión. Pero yo no tenía que ir a ningún

instituto, al «liceo», como entonces se llamaba; yo tenía toda la tarde para estar con mi padre. Y no estaba dispuesto a desaprovechar semejante ocasión.

Todas las circunstancias parecían ponerse a mi favor, porque además mi padre renunció a la siesta que a veces dormía y tampoco volvió a meterse en el despacho cuando Martín y Pepito se marcharon. Optó en cambio por salir a dar un paseo: algo inhabitual por la hora escogida —nunca salía por las tardes, sino por la mañana, e incluso por la noche en época veraniega—, pero no por el hecho en sí, al que era muy aficionado, y en el que además acostumbraba a implicar a algún miembro de su familia. Oí cómo se lo decía a mi madre, en la cocina: «Voy a dar un paseo», y corrí hacia mi habitación en busca de prenda de abrigo. Cuando volví de mi precipitado saqueo al guardarropa, batallando todavía con las mangas de un jersey, mi padre ya abría la puerta que daba al camino.

—¿A dónde vamos? —le pregunté, colándome por la puerta delante de él.

—Verás, Chajo... —vaciló él. Las dudas y el abreviativo, que él nunca usaba, no auguraban nada bueno—. Hoy... hoy es mejor que no me acompañes. Hoy quiero salir a pasear yo solo.

—Pero..., ¿por qué?

Mi sorpresa era tan grande que rozaba la indignación.

—Mira, las personas mayores, a ver cómo te lo explico... Los adultos, a veces, algunas veces, tienen la necesidad de estar solos. Yo necesito ahora pasear, y estar un rato a solas conmigo mismo...

—Pero, ¿por qué? ¿Qué pasa? ¿Qué te pasa?

Mi padre me miró un momento en actitud reflexiva, lanzó un breve suspiro mientras se pasaba una mano por la

frente y cambió bruscamente de actitud.

—A ver, ven aquí —me dijo atrayéndome hacia la parte trasera de la casa—. Te voy a hacer una confidencia, de hombre a hombre. Confío en tu discreción, ya sabes, en que no les dirás nada a tus hermanos, ni a nadie. Mira, resulta que hoy he tenido una pequeña discusión con mamá, nada de especial, una simple...

—Pero, ¿cuándo habéis discutido? —pregunté yo, en el tono de a quién no le salen las cuentas.

—Antes, antes de que tú te levantaras —dijo él con cierta impaciencia—. Verás, entre las parejas, cuando uno está casado, a veces surgen desavenencias en el día a día, en la convivencia. Uno puede llegar a enfadarse mucho, y a pensar que tiene toda la razón y que la otra persona está equivocada —mi padre hablaba rápido y con aplomo, como si tuviese prisa por acabar con el asunto—. Pero después, cuando uno medita, cuando reflexiona sobre lo que ha pasado, se da cuenta de que tal vez no tenga tanta razón, y que la otra persona, en este caso mamá, tiene muchas cosas buenas que pesan mucho más que ese momento o... o esa cosa que te ha desagradado. Pero a esa conclusión se llega reflexionando, con la cabeza fría, y para eso hace falta intimidad y calma. Hay cosas, Zuchajo, que solo se pueden hacer en soledad. Anda, quédate aquí. Cuida de tu madre, que ella ya tiene bastante con cuidar de tu hermanito.

Empecé a rondar por la casa en un estado de ligera exaltación, con el ruido de fondo de los platos y los cubiertos al entrechocar en la pica del fregadero. Me asaltaban sentimientos contradictorios: por una parte me sentía orgulloso por la confidencia que mi padre me había hecho, por haber merecido aquella prueba de complicidad y de confianza; pero al mismo tiempo, en mi interior, una vocecilla

exigente protestaba por haber sido rechazado, por la perspectiva de una tarde de aburrimiento y, de forma aún más vaga e imprecisa, por la posibilidad de que hubiera algo fraudulento en todo aquel asunto.

Pasé por delante de la cocina como un ladrón, sin hacer ruido. Mi madre estaba de espaldas y no me vio. En la sala, en un lugar visible desde la cocina, Fredy dormía plácidamente entre barrotes, rodeado de biberones y de juguetes. Entré en el despacho de mi padre. La puerta estaba abierta. Paseé ociosamente entre los muebles que ya me eran familiares; me senté en la silla giratoria sintiendo el agradable mullido de su tapicería; toqué con aire distante, distraído, los objetos que tan atractivos y novedosos habían sido cuando aparecieron en la casa: el lustroso barniz de la mesa, la miniatura en plata del avión a reacción, la pluma estilográfica, el voluminoso libro escrito en un idioma incomprensible, el cuadro de la pared que se abría como una ventana, y la rueda giratoria de la caja fuerte, con su suave funcionamiento, con la noble inercia de su giro preciso y cantarín, como el piñón de una bicicleta.

¡La caja fuerte! Pepito decía que dentro había una pistola; Martín, que «los códigos secretos», aunque ni él mismo sabía lo que quería decir con eso. Lo único que estaba claro es que no había manera de abrirla. Aquella tarde la toqueteé una vez más, pero sin intención, distraídamente. Hacía ya tiempo que había renunciado a abrirla, y además estaba absorto, dándole vueltas en la cabeza a una única idea obsesiva. De pronto salí del despacho empujado por una repentina corazonada, corrí escaleras arriba y me asomé a la ventana de la habitación.

Estábamos en pleno invierno y los días todavía eran cortos. La luz del sol ya era fría y sesgada a aquella hora,

y dejaba en sombra algunos rincones del paisaje, pero el aire era limpio y los objetos que recibían de lleno sus rayos se veían con extraordinaria nitidez. Mi padre subía a buen paso por el sendero que bordeaba la braña de Boral, en dirección al bosque de carballos oculto al otro lado de la vertiente. Se le veía insignificante y diminuto en la lejanía, entre las enormes masas de verdor, pero inconfundible con su andar atlético y su cazadora de color tabaco.

Bajé las escaleras a toda prisa. Todavía llevaba puesto el jersey, de modo que podía salir fuera sin la menor dilación. Pero la voz de mi madre me refrenó cuando abría la puerta que daba al camino. «Ya sabes que no puedes ir más allá del río si no te acompaña alguien», voceó nítidamente desde la sala. Tenía esa facultad: era capaz de controlar mis movimientos a base de oído, desde cualquier rincón de la casa. A mí me molestaba esa capacidad infalible. Comprendí que mi madre había captado, al menos en esencia, mi situación y que intuía que mi padre no me había permitido acompañarle.

Mentí como un bellaco: dije que ya lo sabía, que no era tonto, que iba al Vilar, a jugar un rato con Luisín. Cerré la puerta mientras ella rezongaba todavía contra mi inconstancia y contra el tal Luisín, lo cual, por acostumbrado, me resultó tranquilizador y me hizo pensar que mi madre no sospechaba nada.

Corrí camino abajo, en dirección al molino. El barboteo del agua, bajo el puente de piedra, cantaba la pureza y la juventud del río, su ímpetu misterioso que iba a continuar cuando el sol se ocultara tras las montañas y durante toda la noche, en la misteriosa oscuridad del cauce. Dejé atrás el ruido del agua, dejé atrás el molino y enfilé el sendero —una autentica *corredoira*, con su muro bajo de pizarra y

su orla de helechos— que se empinaba cada vez más siguiendo el inestable perfil de los pastos. Desde la esquina de la braña se podía ver la práctica totalidad del sendero, hasta el punto en que éste remontaba la ladera para continuar en bajada por la otra vertiente. Ya no se veía ni rastro de mi padre. Corrí por la terrible pendiente con todas mis fuerzas, con la esperanza de divisarlo al otro lado, antes de que se internara entre los robles de la *carballeira*.

Rebasé jadeando el vértice de la pendiente; los pulmones me quemaban a cada bocanada de aire frío y las piernas pesaban como piedras. Pero el terreno por fin se hacía llano y después empezaba a descender. El paisaje de aquella vertiente ya estaba en sombra; solo las lejanas cimas de las montañas recibían la luz del sol, como si un polvillo dorado recubriese el verde oscuro de los bosques. Mucho más cerca, a un tiro de piedra de donde estaba yo, los robles, de un verde más grisáceo y adusto, empezaban a poblar el matorral de la ladera. Entonces vi a mi padre, apareciendo y desapareciendo entre los troncos de los carballos, caminando por la zona más externa del bosque.

Yo había corrido hasta ese momento sin saber muy bien lo que hacía, impulsado por una intuición que no era capaz de racionalizar y por un sentimiento de rebeldía que borraba de momento cualquier otra consideración. Pero al ver a mi padre, al ver como caminaba apresuradamente, parándose de vez en cuando a mirar a su alrededor, como si buscara algo concreto, me di cuenta del alcance que tenía mi impulsivo comportamiento. Comprendí que era muy grave lo que estaba haciendo, que estaba espionando a mi padre y eso me condenaba a la clandestinidad, y que cuanto más lejos le siguiera más difícil se me haría dejarme ver y confesar mi travesura. Pero al mismo tiempo me tranquili-

zaba el hecho de tenerlo cerca y me esforzaba en no perderlo de vista, porque de algún modo me hacía sentirme acompañado, y su presencia, aunque yo no la pudiera compartir, me salvaba del miedo y la indefensión que habría sentido si hubiera estado solo en un lugar tan apartado. Lo cierto es que seguíamos bajando la montaña a toda velocidad y nos movíamos por tierras que mis pies solo había pisado una vez, en una famosa excursión que mi padre y mis hermanos habían hecho el verano anterior, en la que por primera vez se me había permitido acompañarles.

Mientras le seguía a una prudente distancia, desde la que no pudiera ser visto ni oído, me di cuenta de que mi padre llevaba algo entre las manos, y que miraba de vez en cuando aquel objeto mientras seguía avanzando. No podía saber lo que era porque casi siempre me daba la espalda, pero observé que, mientras miraba aquello, disminuía sensiblemente la marcha, como si se distrajera en descifrar o consultar algo. En una de esas consultas se detuvo de pronto, bruscamente, y después de unos segundos de absoluta quietud arrancó de nuevo, pero no andando, sino a la carrera, con un cambio tan repentino como el que le había llevado a detenerse. Yo también eché a correr, pero solo pude ver cómo se perdía de vista al internarse en la espesura del robledal, siguiendo la pendiente de la montaña en dirección al río.

El río discurría también por este segundo valle, después de trazar una forzosa curva, constreñida entre los montes, que lo llevaba hasta la violenta orografía, rocosa e inhabitada, de este nuevo paraje. Aquí las aguas saltaban con más violencia y producían un murmullo constante, un ruido que al acercarse a la quebrada se convertía en estruendo. Aquí se había construido años atrás la planta generadora de electricidad, con su gigantesca turbina movida por el agua,

y se alzaban todavía algunas estructuras cuadradas de hormigón entre la vegetación lujuriosa. Pero la planta generadora había ocasionado infinidad de problemas y había sido abandonada unos años atrás, y el paraje en el que se levantaba era considerado un lugar inseguro y poco recomendable.

Había perdido a mi padre. Lo había perdido de vista. Empecé a correr cada vez más deprisa esquivando los retorcidos troncos, trompicándome y resbalando a cada poco en la oscuridad que reinaba bajo las copas de los árboles. Ya no me preocupaba hacer más o menos ruido; de todas formas tampoco se oían mis pisadas entre el rumor del salto de agua, cada vez más cercano. La pendiente se iba haciendo más pronunciada y yo corría en un descenso frenético, en un intento de recuperar el contacto visual con mi padre y de que el miedo no se apoderara definitivamente de mí. Sabía que más abajo, en algún lado, debían estar los edificios de la central abandonada, y hacia ellos me dirigía guiado por el instinto, por el fragor del río, por lo poco que recordaba de aquella remota excursión. Mi padre tenía que estar allí, sin duda, en la central eléctrica abandonada, porque no había nada más en toda aquella zona, ninguna otra casa o refugio: solo el bosque monótono y engañoso, y el barranco que lo interrumpía bruscamente con su pared de roca sobre el río.

De pronto vi algo que me llamó la atención, entre los árboles, unos metros más abajo: una superficie plana, una arista de hormigón... ¡Sí, allí estaba! ¡Había llegado! Había llegado al edificio principal, el más grande de los tres, y mi padre estaba dentro, estaba dentro porque salía luz —una luz pálida y movediza como la de una linterna— por el hueco de la ventana y por la puerta rota y desvencijada. ¡Claro, llevaba una linterna! Era una linterna lo que llevaba entre las manos, antes, mientras yo le espiaba, e intentaba en-

cenderla y no podía, y por eso... Me acerqué a la construcción cautelosamente, por un lateral. Me resistía —a pesar de que el deseo era muy grande— a dejarme ver y confesar mi travesura. El fragor del salto de agua, convertido allí en verdadero estruendo, me daba una paradójica sensación de impunidad y de indefensión al mismo tiempo: prácticamente podía ponerme a gritar sin ser oído, pero tampoco habría oído a alguien que se me acercara por la espalda.

Desde la esquina del edificio, avancé pegado a la pared, con la intención de mirar hacia el interior, por la ventana, antes de tomar ninguna decisión. En mi mente flotaba la sospecha apenas consciente de que tal vez mi padre estaba haciendo algo malo, algo que de alguna manera era delictivo o inmoral, y por eso no había querido que nadie le acompañara. Vacilé un momento. Me daba miedo, pero al final me asomé a la ventana. Y miré hacia el interior.

No, aquel no era mi padre. Había alguien dentro, pero no era mi padre. Lo que vi fue una figura alta y delgada, aparentemente masculina, vestida con ropa extrañamente holgada y muy arrugada. La cabeza era rara, con una forma que no resultaba natural, aunque tal vez —pensé yo en aquel momento— la impresión se debía a algún peculiar peinado. No podía verle la cara porque me daba la espalda, aunque no completamente, pues estaba de medio lado. Estaba de cara al viejo generador oxidado y al parecer lo estaba examinando, porque lo iluminaba con algún tipo de lámpara o linterna que debía sostener, según yo supuse, con el brazo que me quedaba oculto a la vista. De no haber sido por esa luz apenas se habría visto nada allí dentro, pues el interior del edificio, a esa hora, ya quedaba totalmente a oscuras. Lo que más me chocó fue su postura, su actitud, que era erguida y muy rígida, contradiciendo el interés que

parecía demostrar por el generador. Tal vez, pensé yo, estaba agachado y se acaba de incorporar. Y entonces, en aquel preciso instante, se dio la vuelta lentamente y se quedó de cara a mí. No sé si llegó a verme —yo me asomaba apenas por una esquina de la ventana—, ni siquiera sé si fue mi presencia lo que hizo que se diera la vuelta. En realidad todo ocurrió muy rápido: yo no estuve más de unos pocos segundos mirando hacia el interior, porque lo que vi cuando se giró me hizo salir corriendo montaña arriba, como alma que lleva el diablo.

No tenía cara. O más bien habría que decir que no tenía una cara definida, porque sus facciones eran inestables, como si estuvieran en constante movimiento. Tan solo los ojos, que eran grandes y oblicuos y como entrecerrados, mantenían un perfil más o menos constante. Y, en cuanto a su cuerpo..., resultó que no llevaba ninguna linterna. No la necesitaba porque él mismo irradiaba luz. Era algo muy curioso: era como si la ropa, pero no solo la ropa sino también la piel, fueran transparentes, y en el interior del cuerpo tuviera unas vísceras en constante movimiento, flotando en algún líquido, cada una de ellas luminosa y cálida como una lámpara.

Lo he descrito ahora con total desapasionamiento, con todos los detalles objetivos —estoy convencido de que lo son— que me quedaron instantáneamente grabados en la memoria. Pero, en aquel momento, la visión que acabo de describir me produjo tal miedo —unido al temor de haber sido descubierto— que no lo pude soportar y me aparté instantáneamente de la ventana.

Eché a correr como un loco, sin atreverme a mirar atrás, y apenas había avanzado unos pocos metros cuando me pareció oír detrás de mí —aunque la percepción era con-

fusa a causa del estruendo de la cascada— unos pasos precipitados. Pero los pasos no me seguían, se perdían a mi espalda, tal vez dentro del edificio, mientras yo me alejaba trepando por la pendiente con la agilidad de un gamo. Después vino el fogonazo: un fuerte destello de luz blanca que iluminó el bosque durante un segundo y que provenía de allí, del foco de todos los miedos y los horrores. Pero lo peor estaba aún por llegar. Volví a oír los pasos. Ahora se oían mejor, porque me alejaba del río y el barboteo del agua llegaba más sordo y amortiguado; eran unas pisadas que resonaban rápidas, a la carrera, y que esta vez venían hacia mí, me perseguían y estaban cada vez más cerca, cada vez más cerca.

Las piernas me quemaban y el corazón me saltaba dentro del pecho como si me fuera a estallar. Estaba al borde del delirio o del desmayo, porque las pisadas ya estaban allí mismo, detrás de mí, pero no me atrevía a mirar atrás y seguía corriendo como un loco. De pronto, algo me rozó la espalda, y después unas manos fuertes me aplacaron sujetándome por los hombros. Me caí al suelo, abrazado por mi perseguidor. Los dos jadeábamos y resoplábamos como animales exhaustos.

—¡Basta, por favor! ¿Te has vuelto loco? ¡Soy yo, David, soy yo!

Pero cuando lo dijo yo ya lo había reconocido. Había reconocido su olor con un suspiro de alivio, el olor de su ropa, de su pelo y su loción de afeitar. Ahora ya podía estar tranquilo.